

Mi amigo Manuel

Mario Méndez

Ilustraciones de Diego Moscato

loquele_o

La aventura de los membrillos

Los López vivíamos justo enfrente de la gran casona de los Belgrano Peri. Mi padre, Eleuterio José, mi madre, Azucena, mis dos hermanos mayores y yo vivíamos, por así decir, a la sombra de los Belgrano, gente rica y poderosa: Domingo, el padre de Manuel, era uno de los comerciantes más importantes de Buenos Aires y me atrevo a decir que del virreinato. Nosotros, en cambio, no éramos ricos, aunque tampoco pobres. Mi padre, pequeño comerciante, sabía hacer valer su oficio. No tenía más trato con don Domingo que el del saludo, porque la distancia social era muy grande. Pero los chicos sí nos tratábamos: teníamos más o menos las mismas edades, y no había en la primera infancia demasiados límites. Fue a los siete u ocho años cuando Manuel y yo jugamos juntos por primera vez. Él salía poco de su casa, a diferencia

de mis hermanos y de mí, que nos la pasábamos afuera.

Cierta mañana de sol, mientras holgazaneábamos en la vereda, Manuelito se acercó adonde estábamos y nos saludó con algo de timidez. Estaba mucho mejor vestido que nosotros, tenía la voz aguda, y sabía que la suma de esas dos cosas podía provocar alguna broma, que no faltó. Manuel no hizo caso. Preguntó qué hacíamos y mi hermano Nicolás, solo para escandalizar al hijo de los vecinos ricos, le dijo que estábamos a punto de organizar un robo. Mi hermano José Octavio, su amigo Alfonso Domínguez, que también estaba en el grupo, y yo lo miramos sorprendidos, pero Nicolás guiñó un ojo y le seguimos la corriente.

—Sí —dijo, muy seguro—. Vamos a ir hasta la quinta de los Almada, a robar membrillos. No es una aventura para cualquiera. Yo diría que se vuelva a su casa, señorito Belgrano.

Manuel se puso rojo. Pensé que golpearía a mi hermano, aunque fuera más grande y le llevara por lo menos una cabeza, pero se contuvo. Lo miró serio y le respondió que para él no había aventuras demasiado grandes. Tenía, lo dije y lo repito,

siete u ocho años: no podía saber que esa frase iba a ser sostén de toda su vida. Tal como lo predijo aquella mañana de 1778 o 79, no hubo de ahí en adelante ningún esfuerzo ni gesta ni obligación suficientemente grande como para detenerlo.

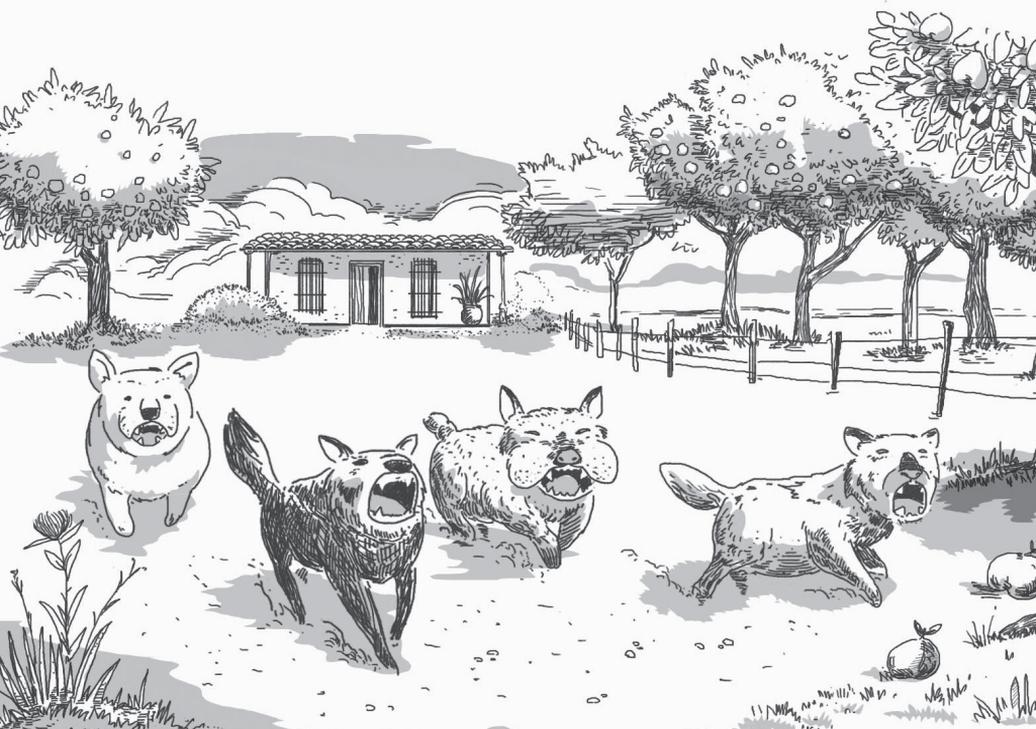
Sin dudar, se sumó a la travesura que al parecer estábamos organizando, y que tuvimos que improvisar de inmediato. La quinta de los Almada se encontraba cerca del río, en los límites de la Buenos Aires de entonces. Una zona a la que no íbamos nunca. Nicolás había lanzado el desafío y allí fuimos.

Mis hermanos y Alfonso iban adelante, conversando en voz alta, como alardeando de su valor. Unos pasos más atrás marchábamos Manuel y yo, callados. Al llegar a una bocacalle los tres que nos precedían cruzaron corriendo. Yo intenté seguirlos, y en ese momento Manuel me tomó del brazo y me detuvo. Un instante después, frente a nosotros pasó una diligencia a todo correr, que por poco nos atropella. No alcancé ni a agradecerle: Manuel se encogió de hombros y me sonrió. Le devolví la sonrisa: apenas lo conocía, y sin embargo ya empezaba a sentirle afecto.

Al fin, llegamos a la quinta y nos acercamos sigilosamente, como si los solitarios frutales estuvieran bajo la vigilancia de los soldados del rey. Sin embargo, nada nos impidió meternos entre las ramas, tomar todas las frutas que quisimos y salir corriendo. Ya nos íbamos cuando Manuel, que iba detrás, casi se atraganta con el membrillo que mordisqueaba.

—¡Un perro! —gritó, y se largó a correr.

El grito de Manuel, su corrida y los ladridos pusieron alas en nuestros pies. No era un perro el que venía tras nosotros, sino cuatro. El quintero no contaba con soldados que cuidaran sus árboles:



le bastaba con los cuatro perros fieros que se nos vinieron encima.

De más está decir que en el afán de ponernos a salvo tiramos las frutas que cargábamos en los brazos. “Al río”, había gritado Nicolás, y hacia allí íbamos. Estábamos asustados, pero pronto nos dimos cuenta de que, si manteníamos el paso, los perros no nos podrían alcanzar. Fue en ese momento que yo, que era el más lento, tropecé con la raíz de un árbol y caí. Alfonso Domínguez me vio caer, pero no volvió: los perros estaban demasiado cerca. Hasta el día de hoy no sé si mis hermanos, que iban más adelante, vieron lo que sucedía; lo cierto es que no regresaron.



El único que se quedó fue Manuel. Me ayudó a levantarme, me sostuvo, me preguntó si podía correr. Yo estaba medio rengo, porque con la caída me había torcido el tobillo, pero podía moverme. Manuel pasó mi brazo sobre su hombro y me hizo correr con él. Cuando los perros nos alcanzaron, se paró delante de mí y con una rama que levantó del piso los mantuvo a raya, hasta que el silbido del quintero detuvo la furia de los animales. El hombre venía riendo, pero no nos quedamos a esperar su segura reprimenda. Corrimos otra vez, yo siempre apoyado en el hombro de Manuel, hasta que unos minutos después nos juntamos con mis hermanos y Alfonso en la orilla. Las negras que lavaban cerca nos miraron sorprendidas, sobre todo a nuestro nuevo amigo: no era común ver a un señorito en esa zona.

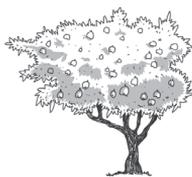
Una de ellas, un poco mayor que nosotros, se acercó hasta donde estábamos. Había visto que, en la carrera, Manuel se había lastimado la frente con alguna rama, y le pasó un trapo recién lavado, para que se limpiara.

—Muchas gracias, señorita... —le dijo él, como si se tratara de una dama de la alta sociedad.

—María Remedios, para servirlo —contestó la negra, haciendo una reverencia graciosa.

Luego, tan silenciosa y sonriente como había venido, regresó junto a su familia. En esos días, no podíamos saber que la volveríamos a ver muchas veces.

Un par de horas más tarde, caminamos de regreso, con mucho cuidado de pasar bien lejos de la quinta de los membrillos. Llevábamos las ropas desarregladas y estábamos muy transpirados y sucios, pero a Manuel no parecía importarle. Al llegar a nuestra cuadra se despidió de todos con una sonrisa y a mí me dijo que me cuidara la pierna. Yo le estreché la mano por primera vez, vigorosamente. Era mi manera de darle las gracias. Habíamos vivido la primera aventura juntos, que no sería la última. Y, lo que es más importante, había nacido nuestra amistad.



Estudiantes, alcemos las banderas

Desde aquel día de los perros de la quinta hasta que, a los trece años, entramos juntos al Real Colegio de San Carlos, Manuel y yo vivimos muchas aventuras, por entonces bastante pequeñas, aunque a nuestros ojos de niños parecieran grandes. Y las seguimos viendo luego, mientras estudiábamos.

En las oscuras aulas del colegio, bajo la tutela de los curas que nos daban clase, a cual de todos más severo, aprendimos la gramática latina, algo de filosofía y hasta un poco de teología (Manuel bastante más que yo, que era un poco remolón para los estudios). También aprendimos a escaparnos de los castigos de nuestros maestros, sobre todo de los del padre Ambrosio, el profesor más inflexible, o a aprovecharnos de la indulgencia de Ramón, el cocinero, un mulato viejo que nos tomó simpatía y siempre nos obsequiaba con lo

mejor de la comida, que no solía ser mucha ni muy variada.

Los fines de semana, cuando podíamos, nos íbamos hasta la campaña, donde los Belgrano tenían una finca. Allí aprendimos a andar a caballo. Esa fue una de las pocas actividades en las que yo, si no logré aventajarlo, al menos estuve a su altura, porque se me daba muy bien la equitación. Aprendí a largar el caballo a todo galope y hasta a hacer algunas gracias, como la de pararme sobre el lomo del animal o montar en pelo, a lo indio. Manuel no era mal jinete, por cierto, pero admiraba mi destreza.

Un domingo, aprovechando que nos habían mandado a hacer una compra en una pulpería cercana, corrimos una carrera que llamó la atención de varios de los paisanos que dedicaban su tarde libre a jugar a las cartas en el boliche. Apenas desmontamos, uno de ellos se acercó a hablarnos. Se les había ocurrido que repitiéramos la carrera y, como a nosotros también nos sobraba el tiempo, aceptamos de inmediato. Los paisanos nos mostraron un camino más o menos liso que iba desde la pulpería hasta la tranquera de una estancia y levantaron apuestas a favor de mi tordillo o del manchado de

Manuel. El recorrido sería algo así como media legua de ida y vuelta, y, a la voz de “aura” de uno de los gauchos, lanzamos los caballos con todo. Llegamos hasta la tranquera juntos, y juntos pegamos la vuelta. Ya estábamos cerca de la pulpería, siempre cabeza a cabeza, cuando desde un rancho cercano se apareció de repente una moza distraída, cargando una canasta. Manuel pegó el grito antes de que la atropelláramos. Por suerte, la mocita, que se llevó un terrible susto, no sufrió ningún golpe. Mi amigo saltó del caballo, le pidió mil disculpas, le ofreció su brazo para llevarle la canasta. La carrera, para disgusto de los apostadores, había quedado sin ganador. La muchacha que habíamos asustado era toda sonrisas con Manuel. Nos habríamos quedado un buen rato más en las cercanías de la pulpería si no hubiese aparecido el padre, visiblemente enojado.

Manuel se disculpó también con él, pero el hombre le contestó hosco y mandó a su hija para adentro. Mi amigo estuvo a punto de responderle, sin embargo esta vez fui yo el más rápido y precavido: no nos convenía ponernos altaneros con un padre ofendido, así que le di un codazo para que se apurara, subimos a los caballos y nos volvimos al tranco.

Desde la ventana, a espaldas del padre, la chica nos saludaba. O lo saludaba a Manuel, para ser honesto.

Terminamos el colegio sin mayores dificultades. Teníamos dieciséis años y estábamos llenos de ilusiones. Manuel quería ser abogado, y yo igual, un poco porque él me había convencido. Su padre ya había arreglado todo para que continuara sus estudios en España. La economía de mi familia era demasiado precaria para semejante gasto, así que me resigné a dedicarme al comercio, como el resto de la familia. Sin embargo, una tarde inolvidable, Manuel se presentó en casa y con tono circunspecto le preguntó a mi padre si tendría la amabilidad de acercarse a su hogar: don Domingo tenía una propuesta para hacerle. Padre, desde luego, accedió de inmediato. Antes de irse, Manuel me dijo que también a mí me esperaban. Algo nerviosos por la sorpresa, los dos nos pusimos chaquetas limpias, nos quitamos el polvo de los zapatos y nos compusimos lo mejor posible. No era cosa de todos los días ser recibidos en el despacho de don Domingo Belgrano Peri.

Frente al enorme escritorio del padre de Manuel, mi padre y yo esperamos a que nos atendieran.

Pocos minutos después de que nos anunciaran, don Domingo y su hijo entraron al despacho y nos saludaron como a amigos. Quizás porque era italiano, a don Domingo, que en realidad se llamaba Doménico, las solemnidades españolas le importaban poco, así que fueron directo al grano: a instancias de Manuel, los Belgrano querían ofrecirme la posibilidad de viajar a España y estudiar allí a su costo y cargo. De regreso, y trabajando para la familia, yo podría devolver en parte lo gastado, porque se trataba, dijo mi benefactor, de un préstamo y una inversión.

Mi padre reaccionó primero; tartamudeando un poco agradeció el ofrecimiento, que desde luego aceptaba en mi nombre, dijo, si yo no me oponía. Los dos hombres y mi amigo me miraron, al aguardo de mi respuesta. Tardé unos instantes en comprender que me estaban esperando.

—¡Sí, acepto! —dije, solemne.

—Hombre, que tampoco es que te vas a casar —dijo don Domingo, y los demás se rieron. Yo estaba tan aturdido que ni el chiste entendí. Gracias a Manuel (y también a su padre, pero sobre todo gracias a Manuel), tendría una oportunidad que

jamás había esperado. Estudiaría en España, nada menos. Mi vida daba un giro absoluto.

